

Agustín Cueva: el marxismo a contracorriente

Agustín Cueva: counter-current Marxism

Artículo de Análisis

Cristian Jiménez Molina¹

Artículo Recibido: 11 /03/2017

Aceptado para Publicación: 10 /06/2017

Resumen En el contexto de la obra del intelectual ecuatoriano Agustín Cueva (1937-1992), conocido como el *'enfant terrible'* del marxismo latinoamericano, el artículo indaga sobre su intento de reformulación de las bases de la sociología marxista en el contexto de la década de los ochenta también conocida como la 'década perdida' de las ciencias sociales. De esta manera, se desarrollan aspectos como la reinterpretación de la categoría 'latinoamérica' en el centro de un debate que marcaría la tónica de la reflexión social a fines de los ochenta; la crítica a la democracia 'sin adjetivos' y a la corriente neogramsciana latinoamericana, a la cual Cueva critica su intento por diluir la categoría de 'dominación' y reducir a su mínima expresión la esfera de la sociedad política. Finalmente, se revisa el intento de reformulación de una sociología latinoamericana como estrategia para contrarrestar la novedad 'neogramsciana' que había invadido al continente. En esta línea se revisa la reflexión en torno a conceptos claves del marxismo como clases sociales, Estado, sociedad civil, modos de producción, estructura económica y superestructura, todo ello desde la óptica de Cueva por reformular el marxismo latinoamericano como teoría general que permita explicar el devenir histórico de nuestros pueblos.

Palabras clave: latinoamérica, clases sociales, sociedad civil, neogramscismo, materialismo histórico, marxismo latinoamericano.

¹ Magister en Estudios Latinoamericanos (Mención Pensamiento Latinoamericano) Licenciado en Filosofía y Licenciado en Artes Visuales –los tres títulos por la Universidad de Cuenca (Ecuador)-, ha impulsado varios proyectos en los ámbitos de las artes, la investigación y la gestión cultural. Interesado y curioso de la reflexión e investigación sobre la cultura y sus diversas disputas, en los últimos años ha realizado varios trabajos y ensayos que se posicionan en los intersticios disciplinarios existentes entre las artes, las humanidades y las ciencias sociales. Con experiencia profesional como artista, docente y gestor cultural, en la actualidad se desenvuelve como coordinador-investigador de la Unidad de Investigación de la Subsecretaría de Artes y Creatividad del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador. Institución a la que se pertenece: Ministerio de Cultura del Ecuador. Dirección Postal: Av. Colón E5-34 y Juan León Mera (Quito, Ecuador). Dirección electrónica: zagreolimpia@gmail.com

Abstract: In the context of the work of the Ecuadorean intellectual Agustín Cueva (1937-1992), known as the *'enfant terrible'* of Latin American Marxism, the article investigates his attempt to reformulate the foundations of Marxist sociology in the context of the 1980s, also known as the 'lost decade' of the social sciences. In this way, they develop as the reinterpretation of the category 'Latin America' at the center of a debate that marks the tonic of social reflection in the late 1980s; the critique of democracy 'without adjectives' and the Latin American Neo-Gramscian current, to which Cueva criticizes the attempt to dilute the category of 'domination' and to reduce to its minimal expression the sphere of political society. Finally, an attempt is made to reformulate a Latin American sociology as a strategy to counteract the 'neo-Gramscian' novelty that had invaded the continent. In this line, the reflection on key concepts of Marxism as social classes, State, civil society, modes of production, economic structure and superstructure, the whole of Cueva's point of view is reformed to reformulate Latin American Marxism as a general theory that allows Explain The historical development of our peoples.

Keywords: latinamerican, social classes, civil society, neogramscism, historical materialism, latin american marxism.

“Más que el consenso activo de los ciudadanos, el sistema se asienta pues, actualmente, en la inducida y escéptica prudencia de los gobernados.”

Agustín Cueva

Conocido como el *'enfant terrible'* del marxismo latinoamericano, el intelectual ecuatoriano Agustín Cueva (Ibarra, 1937 – Quito, 1992) constituye uno de los referentes más importantes del pensamiento social de nuestro país. Marcado por una sui generis trayectoria y formación intelectuales, Cueva construye un andar teórico-político poco usual en la línea tradicional de las ciencias sociales, impulsando un análisis materialista de los fenómenos culturales y la alborada de los estudios de la literatura indigenista como vehículo que evidencia los diversos racismos y clasismos que han sometido a los grupos oprimidos de nuestro continente. Sus coordenadas de reflexión y su intensa labor intelectual expresan una búsqueda tan heterodoxa como comprometida, que participa de las grandes líneas del pensamiento crítico latinoamericano y lo posicionan como una de sus voces más relevantes y autorizadas.

Entre uno de sus mayores desafíos intelectuales, Cueva apostó por una reformulación de las bases de la sociología marxista en el hostil contexto de las ciencias sociales de la década de los ochenta, marcado por la hegemonía de la corriente empírico-funcionalista cuestionaba

el excesivo reduccionismo del enfoque marxista y presagiaba su definitiva superación. Desde su óptica, plenamente convencido de la pertinencia del materialismo histórico y del marxismo leninismo, en 1987 Cueva publica el que sería uno de sus artículos más importantes, *“La teoría marxista: categorías de base y problemas actuales”*, en el cual desarrolla una crítica mordaz al ascenso de los denominados *‘posmarxistas’*, la perspectiva de análisis sociológico en boga por aquellos años. En esta línea, a contracorriente, Cueva plantea una reformulación y rescate de la viabilidad de los fundamentos más elementales del marxismo en el camino de contribuir al siempre postergado anhelo de transformación de nuestro continente.

Latinoamérica: categoría base

Con vitalidad e intensidad propias, el conjunto de la obra de Cueva desarrolla la significación de categorías como *‘Latinoamérica’* o *‘lo latinoamericano’*, desde una apuesta teórico-política de transformación articulada a un pensamiento orgánico siempre enfocado en el cuestionamiento de las condiciones de explotación y dependencia históricas de las sociedades latinoamericanas. Por ello, al momento de plantear la reformulación del marxismo y sus potencialidades para la transformación de las estructuras de poder, Cueva se inclina por el posicionamiento de lo *‘latinoamericano’* en el centro de un debate que marcaría el andar de la reflexión social a fines de los años ochenta. Esta apuesta y posicionamiento acontecen en el transcurso de la segunda fase de su trayectoria intelectual, un momento particularmente fraguado entre la incipiente configuración nacional del *‘Ecuador’* y la particular sensibilidad que el autor mantenía hacia los procesos políticos de la región, especialmente aquellos concentrados en el Cono Sur.

De manera contradictoria, nos dice Moreano (2008), el ocaso de la categoría de lo *latinoamericano* en las ciencias sociales latinoamericanas daría paso al despertar de la Teoría de la Dependencia, a la cual, también paradójicamente, Cueva en su intento por cuestionarla ayudó a configurar. Moreano nos dice, entonces, que *“La crítica de Agustín Cueva se dirigía a lo que consideraba la ambigüedad de la teoría de la dependencia, que se movía entre el marxismo y el desarrollismo, y a la relación mecánica, no dialéctica, que*

se habría establecido entre el capitalismo, el mercado mundial y la dinámica interna de nuestras sociedades.” (Moreano, 2008, p. 14).

A manera del *‘nadie sabe para quién trabaja’*, en el ocaso de su trayectoria intelectual Cueva se vio obligado a reconocer que su crítica de izquierda finalmente terminó por hacerle juego a la consolidación de la corriente derechista que años después cimentó las bases de la Teoría de la Dependencia. Con ello se marca el inicio de lo que años después se conocería como la *‘década perdida’* de las ciencias sociales latinoamericanas, misma que estuvo caracterizada por el dominio de una tendencia empirista y funcional al status quo, que anunciaba la derrota de los proyectos nacionales, legitimaba las recetas de los programas de ajuste económico, así como la instrumentalización de las economías y los Estados a los procesos de la globalización capitalista de corte hegemónico.

Jugadas las fichas, los restos de la sociología marxista –centrada en los interminables debates sobre la naturaleza de la revolución y los sistemas de acumulación capitalista-, se desintegran en la atmósfera pragmatista que domina el escenario y posiciona su agenda propia, muy cercana a la discusión de la *‘naturaleza’* del sistema político y la democracia. La sociología abandonó la calle para replegarse en los centros de investigación manejados por las ONG’s y estructurados en torno a los flujos de capitales vinculados a la *‘financiación de proyectos’*, en otros términos, se asistía al relevo del prisma crítico que marcó las décadas pasadas y del cual el propio Cueva era un referente directo, para consolidar el predominio de un enfoque que postulaba la fragmentación del objeto de estudio y un pretendido conocimiento absoluto de la realidad a través de una descripción estrictamente empirista (Moreano, 2008).

Marcadas las tendencias y sus respectivos entusiastas, fiel a su íntima convicción Cueva no titubea en nadar contracorriente y fortalecer un temple intelectual que profundizó la relevancia del compromiso crítico y la urgencia de neutralizar las tendencias funcionalistas imperantes. Haciendo honor a su temperamento, evita el confort de una resistencia afín a las bambalinas del falso individualismo, para tonificar una voz crítica sustentada en el reconocimiento y referencia a las principales figuras que marcaron el devenir del pensamiento latinoamericano. De allí el inevitable reconocimiento que mantiene con el

trabajo del peruano José Carlos Mariátegui (1928), de quien, a pesar de cuestionar su relativa dispersión teórica y escasa profundidad de análisis, destaca como el precursor del esquema de interpretación de las modalidades específicas de desarrollo del capitalismo en América Latina².

En el ejercicio de estudiar y resaltar la trascendencia teórica de Mariátegui (1928), Cueva encuentra la oportunidad para indagar la particular configuración del marxismo latinoamericano, del cual afirma que ha sabido acunar una extraña mezcla de elementos ‘populares’ y ‘nacionales’ a través de las reflexiones de intelectuales provenientes de distintas genealogías. En esta línea, destaca la participación del marxismo latinoamericano en procesos como la recuperación de lo popular, la reinterpretación de nuestra historia, la creación de un nuevo repertorio simbólico, la construcción de una cultura nacional y la visibilización de las múltiples tensiones/contradicciones que atraviesan nuestras sociedades. Por ende, al describir lo que califica como su *tercermundización*, afirma que el marxismo latinoamericano terminó por enriquecerse:

Al participar decisivamente en la conformación de esta visión del mundo, el marxismo adquiere carta de ciudadanía en América Latina a la vez que esta región se marxistiza. En adelante, será el continente más impregnado de marxismo: nadie podrá trazar la historia contemporánea de sus actividades vitales prescindiendo de ese ingrediente que hallaremos no sólo en la política, sino también en la literatura, las artes plásticas, la música neofolklorica o la canción-protesta, las ciencias sociales o la misma teología. (Cueva, 2008a, p. 184)

Sin embargo, contrario a lo que pudiera suponerse, la relevancia del enfoque marxista no se correspondería con la institucionalización de la lucha de aquellos llamados a posicionarse como la vanguardia política de las clases oprimidas, los partidos comunistas (PC). A este respecto, Cueva cuestiona la inoperancia de los PC para aportar significativamente a la

² Sin ignorar o disimular las condiciones de dependencia y articulación con otros modos de producción que caracterizan a las formaciones capitalistas de esta parte del mundo, a decir de Cueva, Mariátegui figura entre los contados teóricos latinoamericanos que practicaron la vocación totalizadora del marxismo, siendo uno de los primeros en traducir el contexto latinoamericano en clave marxista y en proponer una alternativa revolucionaria para los problemas sociales propios de la región.

nacionalización del marxismo y la profundización de un diálogo fecundo con las bases populares. Con endebles estructuras institucionales y prácticamente aislados de los procesos sociales emergentes, los PC enfrentaron una etapa de crisis estructural que condujo a su parálisis política cuando no a su extinción en la mayoría de países del continente. En esto radica principalmente el desarrollo desigual del marxismo como opción política, pues si bien llegó a ser hegemónica en muchas áreas del ámbito cultural casi no se dejó sentir en el plano orgánico-partidario.

En el marco de este panorama, las disputas intelectuales y políticas asumidas por Cueva en el ejercicio de enfrentar el declive del enfoque marxista en las ciencias sociales pueden resumirse en tres direcciones fundamentales: a) una crítica del régimen democrático con énfasis en la interpretación socialdemócrata de los postulados de Gramsci; b) un intento de re-formulación de la sociología marxista, principalmente delineado en el texto "*La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales*"; y, c) un retorno a temas de su primera etapa, como la situación del Ecuador y la sociología de la literatura. A efectos de los alcances del presente artículo, diremos algo más sobre los dos primeros literales.

La democracia 'sin adjetivos' y la corriente neogramsciana

Al momento de desplegar un análisis crítico de los regímenes democráticos latinoamericanos de los sesenta y setenta, Cueva lidera el cuestionamiento a la corriente dominante de las ciencias sociales de la época, el publicitado '*gramscismo latinoamericano*'. Uno de los ejes de esta crítica se concentra en la denominada democracia '*sin adjetivos*', a través de la cual se pretendía posicionar la existencia de una esfera estrictamente política desligada de la economía, la sociedad y la historia. En su defecto, el '*enfant terrible*' propone una interpretación situada de la teoría gramsciana sustentada en los conceptos '*sociedad política*', '*sociedad civil*', '*Estado*' y '*hegemonía*'. A su entender, los llamados '*neogramscianos*' buscaron consolidar una suerte de anarco-capitalismo que postulaba la reducción de la esfera de la sociedad política a su mínima expresión, lo que se traduce en el pseudo dilema: más sociedad y menos Estado, que no es más que una tergiversación socialdemócrata de las estructuras sociales. Así escribe:

En tales condiciones, el propio marxismo comienza a adoptar un lenguaje equívoco, a veces enredado en la trampa de viejas oposiciones premarxistas, como por ejemplo la de 'sociedad civil' vs. 'sociedad política'. Se olvida en este caso, que el marxismo se constituyó haciendo la vivisección del concepto de 'sociedad civil' hasta descubrir su médula económica y su contradictoria textura clasista. (Cueva, 2008a, p. 197)

Su reflexión aborda dos aspectos cruciales en la formulación gramsciana: por un lado, la posibilidad de separar el momento de la hegemonía (como proceso cultural), del proceso estructurado de reproducción social; y, por otro lado, el carácter imperialista de Occidente, cuya peculiaridad, según Gramsci (1979), es poseer una robusta sociedad civil. Sobre esto último, no titubea en subrayar el conservadurismo que caracteriza a Occidente:

Y es que el conservadurismo forma parte consustancial de la actual cultura de Occidente. Mas dicho conservadurismo no es gratuito, ni representa, en rigor, un precio que se pague por el ejercicio de ciertas libertades en abstracto. Al contrario, el disfrute de esas libertades es posible, sin que entrañe mayor peligro para el sistema, porque hay un bienestar relativamente generalizado, con las necesidades básicas de la gran mayoría de la población satisfechas. En síntesis, Occidente es conservador porque tiene mucho que conservar y hoy, con razón o sin ella, ve en los 'países del Este', y sobre todo en los del Tercer Mundo (la guerra es, a final de cuentas, contra estos últimos), una amenaza a su bienestar. (Cueva, 2008b, p. 220)

De manera complementaria al planteamiento de lo que Gramsci (1979) describe como el robustecimiento de la '*sociedad civil*' por vía del reforzamiento de la sociedad burguesa, Cueva antepone su escepticismo a la posibilidad de que dicho proceso pueda replicarse con idénticas características en las sociedades latinoamericanas, pues en último término, el postulado *neogramsciano* apunta a la disolución de una categoría fundamental para entender el devenir histórico de nuestra región, la categoría de '*dominación*'. Por ello, la identificación de la '*sociedad civil*' con la '*sociedad*' en general, representa la artimaña idónea para disolver la categoría de '*dominación*' y (re)configurar la sociedad como el escenario de la igualdad jurídica y de las luchas particulares (Moreano, 2008, p. 22).

En lo referente a las relaciones entre ‘hegemonía’ y ‘dominación’, Cueva plasma la brillantez de su enfoque pues apunta que estos conceptos no se contraponen, sino que la hegemonía es una versión de la dominación burguesa en un momento en que ya no requiere del uso de la violencia para imponerse. De ahí que, con el objetivo de evidenciar las estructuras de poder de nuestra región, ubica como desafío ineludible el análisis de la configuración de la hegemonía en las sociedades latinoamericanas.

¿Qué queda del concepto de ‘hegemonía’ cuando no se lo aplica en las antípodas, es decir, en las sociedades periféricas? Apenas una mistificación subliminal que induce a pensar que el poder se estructura según el más puro esquema liberal: por medio de una libre competencia de ideas, imágenes y representaciones que termina por favorecer a los concursantes políticos más meritorios. (Cueva, 2008a, p. 198)

De esta manera, explica que fenómenos como la explotación y la dominación existen y persisten en todas las variantes de la democracia, pues siempre se impone la denominada ‘unicidad de las estructuras’ de un modo de producción fundamental. Partiendo de la premisa de que las relaciones de explotación y dominación sólo se pueden quebrar mediante una ruptura estructural, subraya que las posiciones estructurales de las clases sociales se desarrollan por medio de relaciones antagónicas. Si bien reconoce que hay puntos y momentos de atenuación en esta confrontación recurrente, plantea que la lucha de clases invade toda la estructura compleja (estructura y superestructura) y opera como motor de la historia en el marco de parámetros histórico-estructurales concretos.

Sobre la base de estos argumentos, Cueva edifica su rechazo a la pretensión de posicionar un concepto de democracia desligado de la economía, la sociedad y la historia, reivindicando en último término la relación intrínseca que existe entre democracia y poder. A través de esto, promueve una vuelta a la sociología marxista y al materialismo histórico, que en latinoamérica arraiga como marxismo-leninismo, es decir, como pensamiento profundamente antiimperialista. Considerando la dependencia estructural de los países latinoamericanos, afirma que las luchas más importantes no se libran contra clases dominantes sino contra el imperialismo hegemónico, lo que nos enfrenta a la disyuntiva

sobre la posibilidad y el carácter necesariamente anti-imperialista de una alternativa anticapitalista en Latinoamérica.

En esta medida, apunta que las democracias latinoamericanas no han sido concebidas para promover la participación de la sociedad, sino para su control, estrategia que más allá de ser gratuita, resulta crucial para comprender la agudización de la crisis provocada por aspectos puntuales como la deuda externa y los programas de ajuste estructural. En definitiva, antes que un conjunto limitado de normas específicas aplicables con independencia del contexto particular, apunta que la democracia debe ser asumida como una respuesta histórico-concreta dirigida a conseguir el máximo bienestar para las grandes mayorías. Así, la neutralización de la *'democracia sin adjetivos'* plantea dos exigencias cruciales: por un lado, el cuestionamiento radical a la pretensión de congelar las aspiraciones populares en el nivel pre-fijado por el democratismo burgués; y, por otro, la liberación del concepto democracia de las ataduras que le impone ese mismo sistema burgués. Ambos desafíos, sin duda, reflejan la actualidad del pensamiento de Cueva con respecto al escenario político de nuestros días, pues la necesidad de un posicionamiento político de la democracia se muestra como tarea tan urgente como inconclusa.

La Reformulación de la sociología marxista

En términos concretos, la reformulación de la sociología marxista se desarrolla como una estrategia del debate teórico-político contra la novedad *'neogramsciana'* instalada en Latinoamérica a fines de los ochenta, cuyo postulado principal planteaba la reducción de la esfera de la sociedad política a su mínima expresión, así como la disolución de las nociones duras del marxismo (*'capital'*, *'poder'* y *'clases sociales'*) por medio del protagonismo totalitario de la categoría *'sociedad civil'*. Con este afán, fundamentalmente político, Cueva discute la aparente superación del marxismo por medio de una revisión crítica de sus fundamentos más importantes.

Para Cueva, en el verdadero marxismo –entiéndase aquel que no renuncia nunca a su afán de transformación estructural- las clases sociales no son simples categorías nominales o dispositivos lógicos de interpretación, antes bien, constituyen una herramienta conceptual que posibilita el abordaje e interpretación de aspectos como las diferencias de ingresos, la

marginación educativa o el simulacro de la igualdad de oportunidades, como algunos de los efectos más visibles de una estratificación social que ha trascendido las particularidades históricas y cuyo análisis continúa siendo más relevante que nunca.

¿Decadencia del análisis de clase? Ciertamente, en un momento en que fuertes vientos soplan más bien del lado de la ‘concertación social’, la búsqueda de una ‘gobernabilidad progresiva de nuestras sociedades’ y el ‘acuerdo sobre aspectos sustanciales del orden social’. Lenguaje que de por sí nos coloca más cerca de Samuel Huntington y la Comisión Trilateral que de Marx, y que hasta nos remitiría a Augusto Comte de no ser porque ahora la idea de orden pareciera predominar omnímodamente sobre la de progreso, al que algunos comienzan a considerar como una aspiración demasiado radical. (Cueva, 2008b, p. 202)

No obstante, Cueva reconoce que la posibilidad de un análisis de estas características no puede efectuarse en un escenario neutral, sino a la luz de una teoría general de la sociedad y la historia. En estos términos, busca re-apuntalar la piedra angular del marxismo e interpretar el materialismo histórico como herramienta analítica enfocada a la búsqueda del sentido profundo de la ‘*sociedad civil*’ en el seno de su estructura económica, pues la ‘*sociedad civil*’ representa, por un lado, el verdadero hogar y escenario de toda la historia, y, por otro, el Estado sólo surge en el seno de la ‘*sociedad civil*’ que únicamente se torna comprensible si se la interpreta en sus determinaciones económicas y de clase.

Para que se entienda mejor esta cuestión partiré del planteamiento de que el materialismo histórico se constituye como tal desde el momento en que sus fundadores elaboran un paradigma explicativo asentado en dos premisas: primera, que las formas estatales no son arbitrarias ni estructuralmente indeterminadas, sino que, para decirlo de la manera figurada que el propio Marx alguna vez usó, constituyen un ‘resumen de la sociedad civil’; segunda, que tampoco esta sociedad civil puede ser comprendida en profundidad si se la analiza exclusivamente a ‘nivel oficial’, de sus instituciones, sin tomar en cuenta la base económica y la estructura de clases que a partir de esta base se genera. (Cueva, 2008b, p. 207)

En estos términos, Cueva descalifica el uso ligero y superficial de categorías cruciales como '*Estado*' y '*sociedad civil*', sin reparo adecuado en las determinaciones estructurales y de clase que las definen. Por ello considera que la sociología '*posmarxista*', en lugar de apuntar a la lógica subyacente en los procesos históricos, se dedica a *fabricar* los acontecimientos que necesita para justificar sus propios argumentos.

Así, bajo el nombre de '*sociedad civil*', volvemos a encontrar lo que Marx denunció como una '*comunidad ilusoria*', o sea, una colectividad imaginaria en la que el pensamiento, como parte de la magia, ha hecho desaparecer todos los antagonismos y contradicciones. Y bajo el nombre de '*Estado*', reencontramos una entidad ingrátida de sus determinaciones de clase y convertida, nadie sabe bien en razón de qué maleficio, en enemiga implacable de la '*sociedad civil*' (Cueva, 2008b, p. 213).

Entonces, a fin de cuentas, lo que se promociona como avance y superación no representa más que un retroceso vedado, puesto que obsesionado con la idea de orden el enfoque '*posmarxista*' edifica una sociología y una ciencia política que no desarrolla una crítica del sistema como tal, sino de los sujetos políticos que históricamente han intentado subvertir dicho orden. En este sentido, Cueva plantea que la tendencia posmarxista representa tanto el discurso de la Gran Promesa cuanto de la Gran Resignación.

Por otra parte, al conceptualizar el '*modo de producción*' como la forma en que los seres humanos obtienen sus medios materiales de existencia, puntualiza que éste se conforma por dos tipos fundamentales de relaciones íntimamente imbricadas: a) la relación de los seres humanos con la naturaleza, también denominada *fuerzas productivas*; y b) la relación de los seres humanos entre sí, identificada como *relaciones sociales de producción*. Cuando las relaciones descritas se conjugan, provocan la configuración de la matriz económica, también conocida como '*estructura económica*'. Sobre la estructura económica se sostiene la *superestructura social* que, a su vez, la conforman dos estamentos fundamentales: a) la instancia jurídico-política, que en una sociedad clasista la comprenden el Estado y el

derecho; y b) la instancia ideológica, formada por el conjunto de ideas, imágenes y representaciones ‘históricamente orgánicas’³.

Más adelante, salvando las el escaso margen de maniobra que le imponía el marxismo ortodoxo, Cueva defiende la posibilidad de una autonomía relativa de la superestructura social, gracias a la cual se pueden comprender tanto el desarrollo de sus formas específicas de configuración como su influencia sobre la base económica que la determina. El grado de esta influencia variará según el modo de producción, lo que significa que en cada versión acontece una articulación distinta entre base y superestructura. Con estos argumentos, postula una interpretación más amplia de la categoría ‘*modo de producción*’, según la cual ésta no se reduce al diseño de la matriz económica, sino a la trama resultante de la articulación específica entre las instancias económica, jurídico-política e ideológica. En estos términos, en la medida en que el ‘modo de producción’ nos ofrece la primera instantánea de la estructura básica de una sociedad, resalta la trascendencia teórica de esta categoría para el desafío de refundación de la sociología marxista.

No obstante, al momento de situarnos en el análisis concreto de las formaciones sociales, es decir, en el análisis de las sociedades históricamente dadas, Cueva recuerda que no existe un modo de producción en estado *puro*, sino más bien una combinación de varios modos articulados en torno a uno que actúa como dominante, el cual imprime su carácter a la formación social en su conjunto. Entonces, junto a los modos de producción fundamentales –que son aquellos que imponen su hegemonía en una formación social (comunitario primitivo, esclavismo, feudalismo, capitalismo, socialismo)-, sitúa a los modos de producción *secundarios*, que sólo pueden aparecer en un plano subordinado, es decir, bajo la sombra del modo de producción hegemónico. Así, reafirmando el carácter antirreduccionista de su empresa, sostiene que al igual que la superestructura actúa sobre la base económica, los modos de producción subordinados también influyen sobre el dominante, generando una relación variable y posicionando determinadas modalidades

³ En este punto, Cueva sigue a Gramsci al entender a las ideologías orgánicas como aquellas que tienen un efecto organizativo de las masas humanas, configurando el terreno sobre el cual los seres humanos adquieren conciencia de su posición y de su lucha.

específicas de desarrollo. En esta dinámica compleja de relaciones, eventualmente un modo de producción subordinado puede dejar de serlo y convertirse en dominante.

Una vez sustentada la importancia de estas dos categorías (clases sociales y modos de producción), Cueva planteará que las primeras son efectos específicos de los modos de producción en los cuales existe la propiedad privada de los medios y/o agentes de la producción. En esta versión específica de modos de producción, los medios fundamentales de producción son monopolizados por las clases dominantes por lo que las relaciones sociales se organizan en torno a mecanismos básicos de explotación. Las clases sociales constituyen ante todo *posiciones estructurales* que el sistema asigna objetivamente a individuos determinados. Su existencia objetiva se concreta a nivel de la matriz económica de ciertos modos de producción y despliega relaciones de explotación/expropiación entre clases sociales que sólo pueden relacionarse antagónicamente. En ello radica la '*lucha de clases*', repositionada como motor de la historia. A su vez, a las relaciones de explotación se suman relaciones de dominación, lo que significa que las clases dominantes disponen de los medios para el mantenimiento de las estructuras de explotación, mismas que se concentran fundamentalmente en el Estado y su capacidad de mantener la fuerza de trabajo concentrada y organizada. De ahí que, la clase dominante necesite asegurar el control del '*centro de comando*' que representa el Estado. ¿Algo más figurativo de lo que sucede justo en estos días en plena campaña electoral?

De otro lado, reafirmando la relación dialéctica que existe entre base económica y superestructura, la existencia de las clases en un determinado modo de producción redefine la naturaleza de las instancias superestructurales, confiriéndoles un carácter clasista. Por ello, Cueva puntualiza que una de las tareas fundamentales del marxismo refundado consiste en la comprensión del problema de la relación dialéctica entre clases y su actuación como agentes históricos. Para avanzar en este sentido, considera que el modo de producción capitalista siembra aislamiento en el seno de las clases oprimidas, razón

fundamental que explica la inexistencia de una comunidad sólida con conciencia de clase, en términos políticos e ideológicos⁴.

Siendo incapaz de configurar un proyecto político unitario, la clase proletaria tampoco ha podido generar una representación de sí misma, la cual sirva de estandarte en la defensa de sus intereses de clase. Ante ello, ha tenido que plegar a la representación y autoridad de terceros, reafirmando una estructura jerárquica que la somete y fortaleciendo el poder ilimitado del Estado sobre sus necesidades históricas. En definitiva, si bien la situación estructural-económica de los proletarios evidencia la conformación de una clase proletaria (clase en sí), en el campo político no se refleja un correlato similar, fundamentalmente porque el sector proletario de la población no ha tomado conciencia ni de su posicionamiento estructural ni de su situación objetiva, esto es, no ha logrado consolidar una comunidad objetiva ('clase para sí'), a partir de la cual reconocerse y actuar como sujeto histórico (fuerza social), incidiendo sobre las estructuras económicas en pos de su transformación radical. Precisamente, en este último punto radica el reto fundamental que Cueva asigna al marxismo latinoamericano, es decir, actuar como verdadera vanguardia política (partido de clase) que contribuya a la definitiva conversión del proletariado de clase 'en sí' en clase 'para sí', es decir, de clase concreta en proyecto político de transformación.

Profundizando su crítica, Cueva manifiesta que la incidencia de los niveles superestructurales (jurídico-político e ideológico) en la formación de las clases sociales en el marco del capitalismo es mínima, ya que si bien en teoría el sistema burgués aboga por la abolición de los estamentos y pregona la igualdad jurídica de los ciudadanos ante la ley, en la práctica recrea y agudiza al extremo las desigualdades sociales, económicas, políticas y culturales. Fruto de esta inconsistencia entre teoría y práctica, proliferan las asimetrías en la estructura de clases de una formación social, lo que sin duda se complica aún más dada la articulación de varios modos de producción. Para Cueva, esta configuración es típica de formaciones sociales 'mixtas' o 'difusas', las cuales, más que como anomalías o errores del

⁴ Desde la óptica marxista defendida por Cueva la conciencia de clase consiste en la conciencia de lo que debe hacer históricamente una clase de conformidad con 'su ser'. En el caso de los oprimidos esto significa, unir sus fuerzas, alcanzar una conciencia de clase (clase para sí) y actuar sobre las estructuras para transformarlas.

sistema, deben ser interpretadas como características inherentes a configuraciones acentuadamente heterogéneas, como América Latina por ejemplo.

En esta dinámica se comprende cómo para Cueva las variables histórica y temporal afectan directamente a la composición y desarrollo de las clases sociales, provocando, por una parte, la heterogeneidad en la composición de cada clase de acuerdo con múltiples factores particulares de la respectiva formación social; y, por otra, el desarrollo consecuentemente desigual de las mismas clases al interior de una sociedad. Al mismo tiempo, la articulación específica de un colectivo social como factor que convierte en clase a un grupo que en principio no lo era, expresaría los efectos de la estructura particular de una formación social en un sistema de clases. A decir de Cueva, esto explica cómo la articulación de diversos modos de producción en una formación social puede producir situaciones complejas, situaciones de clase ambivalente provocadas por la diversidad histórico-estructural y por la diversificación de la estructura social en sociedades como las latinoamericanas. Por ello, señala que las clases sociales no se insertan en una estructura estática, antes bien forman parte de una totalidad orgánica en movimiento, esto es, se incrustan en estructuras que son al mismo tiempo procesos. A través de los niveles jurídico-político e ideológico, las clases se convierten en agentes sociales y, por ende, gestan su historia. De ahí que, sin la consideración de esta *historicidad* particular, el análisis marxista no sería capaz de comprender ni explicar cabalmente los procesos históricos concretos.

Al mismo tiempo, en su defensa del marxismo Cueva puntualiza que la existencia de clases sociales no excluye la posibilidad de que se desarrollen otros grupos peculiares, pues las características concretas de la formación social inciden en este sentido. No obstante, destaca que no todos los grupos sociales poseen el mismo estatus teórico, por lo que en el plano de la explicación del movimiento histórico es teóricamente más adecuado apelar a las clases y la lucha de clases por razones estratégicas. En definitiva, las clases sociales resultan fundamentales porque contribuyen a comprender el movimiento histórico y porque impregnan a los '*grupos*' y '*capas*' con su sello teórico, lo cual no significa que las *contradicciones secundarias* que generan dichos grupos sean irrelevantes para el estudio,

sino que las mismas no surgen de la estructura económica y, por ende, no pueden explicar la evolución histórica de la configuración estructural. En este sentido escribe:

Es lo que ocurre con la cuestión étnica, por ejemplo, que en la misma América varía enormemente de país a país y hasta de región a región. No es lo mismo el problema del indígena en el altiplano andino que en la selva amazónica, como tampoco se equipara ninguno de éstos con el problema de la discriminación contra la población negra, que por su parte tampoco es igual en Brasil que en los Estados Unidos. Son problemas derivados de la historia de cada formación social y de las modalidades concretas de desarrollo del capitalismo y en esa perspectiva tienen que ser estudiadas. (Cueva, 1987, p. 44)

Finalmente, al reconocer ciertas falencias que el marxismo ortodoxo presenta al momento de estudiar e interpretar las *contradicciones secundarias* desde un enfoque de clase, Cueva delinea los desafíos futuros del nuevo marxismo latinoamericano, los cuales naturalmente aún esperan por cristalizarse.

(...) es obligación del marxismo latinoamericano definir con profundidad lo que ha de entenderse por democracia en países como los nuestros, habida cuenta primordialmente de las aspiraciones e intereses de los sectores populares y evitando que se utilice el concepto de democracia para enmascarar las contradicciones de clase, eludir las definiciones frente al imperialismo, o alejar del horizonte toda posibilidad de una transformación realmente anticapitalista. (Cueva, 2008a, p. 200)

¿Será que podremos emular la tenacidad de este intelectual poderoso y avanzar contracorriente, en un contexto en el cual en apariencia resultan superados y fuera de lugar conceptos como ‘lucha de clases’, ‘hegemonía’, ‘dominación’ o ‘explotación’? ¿Será que tanto el análisis crítico de la democracia así como el pretendido cierre del debate que define sus alcances y posibilidades, constituyen asuntos plenamente clausurados o inoficiosos a efectos de la transformación político-social todavía pendiente en la región? ¿Será que deberíamos renunciar a la trampa ‘retórica’ y aceptar que la democracia o su ejercicio consisten únicamente en el ‘buen escoger’ entre ofertas o propuestas coyunturales? ¿Cabe

todavía pensar en este tipo de cuestiones? ¿Hay que enterrar el pensamiento de autores como Agustín Cueva?

Sin duda, el intento de reformulación del marxismo emprendido por Agustín Cueva se ubica entre las páginas más interesantes de la historia del pensamiento crítico latinoamericano, una aventura que narra la apuesta de un intelectual convencido y plenamente activo en el debate teórico-político más importante de la última parte del siglo pasado. A contracorriente, Cueva cuestionó la pretensión de disolver las nociones duras del marxismo, en pugna con lo que no dejó de calificar como una novedad pasajera. Su defensa y, al mismo tiempo, revisión crítica de los fundamentos mismos del marxismo, nunca perdieron de vista la importancia de contar con una teoría general de la sociedad y la historia, herramienta fundamental para consolidar la tarea histórica de lo que siempre comprendió como la vanguardia política latinoamericana. En tal sentido, su empresa aunque cuestionada y desacreditada en su momento, se destaca por haber marcado las claves fundamentales para la reinterpretación y flexibilización de las categorías marxistas, así como la tan necesaria cartografía de las formaciones sociales en América Latina. Entre otros, ahí radican los aportes de Cueva a este segmento del pensamiento latinoamericano.

Referencias Bibliográficas

Cueva, Agustín (2008a) “El marxismo latinoamericano: historia y problemas actuales” (1987). En publicación: *Entre la ira y la esperanza y otros ensayos de crítica latinoamericana. Fundamentos conceptuales Agustín Cueva. Antología y presentación Alejandro Moreano*. Bogotá: Siglo del Hombre – CLACSO, 2008. Pp. 177 – 200

_____ (2008b) “El análisis ‘posmarxista’ del Estado latinoamericano” (1988). En publicación: *Entre la ira y la esperanza y otros ensayos de crítica latinoamericana. Fundamentos conceptuales Agustín Cueva. Antología y presentación Alejandro Moreano*. Bogotá: Siglo del Hombre – CLACSO, 2008. Pp. 201 – 222

_____ (2008c) “Bibliografía comentada de Agustín Cueva”. En publicación: *Entre la ira y la esperanza y otros ensayos de crítica latinoamericana*.

Fundamentos conceptuales Agustín Cueva. Antología y presentación Alejandro Moreano. Bogotá: Siglo del Hombre – CLACSO, 2008. Pp. 263 – 268

_____ (1987) “La teoría Marxista. Categorías de base y problemas actuales”.
Planeta, Ecuador.

Gramsci, Antonio (1979) “Estado y sociedad civil”. En publicación: *Cuadernos políticos, número 21.* México, D.F.: Editorial Era, 1979. Pp. 66-74. Disponible en:
<http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP.54-55/CP54-55.8.GramsciEstadoySociedadCivil.CarlosPereyra.pdf>

Mariátegui, José Carlos (1928) “7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana”.
Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho.

Moreano, Alejandro (2008) “Agustín Cueva hoy”. En publicación: *Entre la ira y la esperanza y otros ensayos de crítica latinoamericana. Fundamentos conceptuales Agustín Cueva. Antología y presentación Alejandro Moreano.* Bogotá: Siglo del Hombre – CLACSO, 2008. Pp. 9 – 26